

ARTÍCULO

Velázquez Ramírez, Adrián (2015). “Teoría de la guerra e historia conceptual: Clausewitz y la sublevación popular”, *Conceptos Históricos 1* (1), pp. 72-97.

RESUMEN

El artículo muestra cómo la teoría de la guerra de Clausewitz –en particular, lo que respecta a la cuestión de la sublevación popular– se inserta en el desarrollo de las condiciones históricas y políticas de una época caracterizada por un proceso simultáneo de consolidación del Estado como principio de inteligibilidad de lo político y la conformación de un espacio nacional. Este proceso va a otorgarle una cierta especificidad y sentido a la política moderna: como racionalidad que tiene por objeto la conducción política de un pueblo.

Palabras clave: *Clausewitz, teoría de la guerra, partisano.*

ABSTRACT

The article shows how Clausewitz’s theory of war –in particular the issue of the popular uprising– is inserted into the development of the historical and political conditions characterized by a simultaneous process of the consolidation of State as principle of intelligibility of the political and the creation of a national space. This process will give certain specificity and meaning to modern politics: as a rationality which aims the strategic conduction of the people.

Keywords: *Clausewitz, theory of war, partisan.*

Teoría de la guerra e historia conceptual

Clausewitz y la sublevación popular

Adrián Velázquez Ramírez

Universidad Nacional de San Martín / CONICET



Introducción

Aviso. Motivos que no pueden indicarse aquí me obligan a cerrar con este número el periódico de la tarde. En otro momento se le presentará al público un resumen, comparando lo que hacía esta publicación con lo que se crea tener el derecho de prometer, incluida una construcción histórica de la diferencia posible. Heinrich von Kleist, 1811

El críptico aviso aparecía en la edición del 30 de marzo de 1811 del *Berliner Abendblätter* y hacía las veces de una dramática despedida. Las razones –nunca del todo aclaradas por el editor– del cierre de la gaceta de Heinrich von Kleist,¹ fueron motivadas por la censura prusiana de lo que era la principal apuesta de la gaceta berlinesa: la difusión en Prusia de la guerrilla española contra Napoleón.² Esta censura no solo obedecía a la tensa situación entre la dinastía monárquica prusiana y Napoleón, sino que apuntaba a una transformación que amenazaba de forma mucho más radical a las monarquías de la Europa posrevolución francesa. La efectividad mostrada por la intromisión de civiles en tareas de defensa del territorio evidenciaba la capacidad de los súbditos para organizarse y combatir por una causa. La imagen del *pueblo en armas*

1 Heinrich von Kleist fue un novelista, poeta y dramaturgo clave en el romanticismo alemán y en la conformación de la identidad cultural alemana. Perteneció al ejército prusiano, del cual desertó tras la derrota contra Napoleón. Se suicidó ese mismo año, en noviembre de 1811, alegando, entre otras cosas, un profundo desencanto con el destino de la patria prusiana.

2 Remedios Solano Rodríguez. “Un proyecto político para Alemania: Heinrich von Kleist y la Guerra de la Independencia española”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, Nº 17, 2001.

que ofrecía la experiencia española era un recordatorio de la potencial emergencia de un espacio político nacional que se mostraba irreductible a las estructuras de organización del Antiguo Régimen.

La guerrilla española de 1808-1814 contra la ocupación napoleónica ayudó a forjar el mito del partisano y a difundir la táctica de guerrilla por toda Europa. A la postre, su importancia política se vería reflejada en la reacción que provocó, y que se formalizaría en el derecho de guerra constituido tras el Congreso de Viena de 1814-1815. Ahí se restauraba a las soberanías estatales el derecho exclusivo de guerra y se introducía la distinción entre combate regular y combate irregular.³ El surgimiento de esta demarcación no solo buscó consolidar la soberanía del incipiente Estado moderno y asegurar su monopolio de la violencia a través de la conformación de ejércitos nacionales, sino que también apuntaba a la despolitización de un espacio político en formación. La innovación táctica que permitió a los españoles hacer frente al ejército más poderoso de Europa había mostrado una cara diferente de los súbditos de la monarquía. La población española, organizada y armada contra el invasor francés, terminó por confirmar –por vías muy diferentes– el horizonte abierto por la Revolución Francesa. La lectura de la experiencia española que hacía Carl von Clausewitz lo expresaba de manera clara: el pueblo-nación se ha convertido en un factor de poder indispensable en la conducción política del Estado.

Un poco más tarde de la aparición del último número del *Berliner Abendblätter*, Carl von Clausewitz escribía el célebre *memorándum-confesión* de 1812. Ahí, el general prusiano daba cuenta de los éxitos de la guerrilla española y se aventuraba a sugerir su réplica como una alternativa válida para combatir al invasor francés en Prusia, que en ese momento vivía una completa sumisión a Napoleón –ratificada por el pacto militar que convertía al territorio prusiano en la plataforma de lanzamiento de la invasión napoleónica a Rusia–. Sin embargo, Clausewitz distaba mucho de ser un guerrillero español. Parte de la clase militar que había impulsado la reforma del ejército posterior a la derrota de 1806 contra Napoleón, la propuesta de Clausewitz era aprovechar las ventajas tácticas de la guerrilla bajo el liderazgo estratégico del ejército prusiano. El genio de Clausewitz consistió en mostrar, con una claridad de pensamiento que solo es superada por la firmeza de su sentencia, que en aquella turbulenta época, las energías morales y los sentimientos patrióticos eran un elemento indispensable en la conducción de la guerra. Mostraba así un vínculo que daría forma a la posterior teoría moderna

3 Carl Schmitt. *El concepto de lo político. Teoría del partisano, notas complementarias al concepto de lo político*. México, Folios, 1985, p. 118.

de las relaciones internacionales: la conducción de la política interna de los Estados nacionales es indisoluble de su política exterior. Con ello, política y guerra quedan relacionadas en un continuo que encuentra en la consolidación del Estado –tanto al interior como al exterior– el principio de inteligibilidad que inaugura la emergencia de una racionalidad política eminentemente estratégica.⁴

No sería hasta que la situación política y militar europea cambiara tras los reveses del ejército francés en Rusia, que Prusia se arrogaría decididamente a combatir la ocupación francesa. Sin llegar a los niveles de movilización y participación popular observados en España, la Guerra de Liberación de 1813-1815 (*Befreiungskriege*) supo combinar la incorporación de milicias de conscripción voluntaria (*Landwehr*) con el uso del ejército regular prusiano. Desde distintas perspectivas, hay cierto consenso dentro de la historiografía alemana en concederle a este período el estatus de un cierto despertar de la identidad nacional alemana.⁵

Lo que nos interesa mostrar es cómo la teoría de la guerra de Clausewitz –en particular lo que respecta a la cuestión de la sublevación popular– se inserta en el desarrollo de las condiciones históricas y políticas de una época caracterizada por un proceso simultáneo de consolidación del Estado como principio de inteligibilidad de lo político y la conformación de un espacio nacional. Este proceso va a otorgarle una cierta especificidad y sentido a la política moderna: como racionalidad que tiene por objeto la conducción política de un pueblo. Desde esta racionalidad, el pueblo será interpretado como una economía de fuerzas, es decir, como un conglomerado compuesto por diferentes elementos. Este criterio permite intervenir de manera efectiva en el espacio nacional a partir de una diferenciación de las fuerzas que lo componen. En este sentido, la teoría de la guerra nos revela su pertinencia como un campo de aplicación de la historia conceptual. Al fin y al cabo, la guerra constituye una práctica que se despliega sobre un espacio político determinado históricamente y, como tal, refleja su configuración. La adaptación de las estrategias y tácticas de la Teoría de la guerra al mundo práctico en el que se tiene que desempeñar es indicador de la organización política

4 Foucault ha señalado que la emergencia de esta racionalidad estratégica y este flujo entre política y guerra es también la época en el que el concepto “fuerza” se impone como una referencia fundamental para pensar la intervención política. Foucault ve en Leibniz la convergencia entre el modelo de la física y el pensamiento que concibe la política como un cálculo de fuerzas; surge así un amplio repertorio conceptual en este sentido, que será central en la obra de Clausewitz: equilibrio, relación de fuerza, centro de gravedad, etcétera (Michel Foucault. *Seguridad, población, territorio*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 348).

5 Christopher Clark. “The Wars of Liberation in Prussian Memory: Reflections on the Memorialization of War in Early Nineteenth-Century Germany”, *The Journal of Modern History*, Vol. 68, Nº 3, 1996, pp. 550-576.

del mismo y debe analizarse en este tenor. Las páginas de la Teoría de la guerra de Clausewitz evidencian un cambio fundamental en la manera en que sociedad y guerra se relacionan y se implican mutuamente.

La estrecha y milenaria vinculación entre el *arte de gobernar* y el *arte de la guerra* da forma a una frontera donde circulan conceptos que soportan ambos discursos de poder.⁶ Con la modernidad política, esta frontera se vuelve mucho más estrecha, en tanto se consolida un pensamiento estratégico que piensa *la política* y *la guerra* como dos aspectos del mismo objetivo: conquistar la voluntad del adversario a través de la mejor utilización de los medios disponibles. El *combate* se convierte así en una de las metáforas fundamentales en la interpretación moderna de la política. En esta interpretación, la *violencia*, como aspecto inherente a la política, ocupa un papel central. El argumento focalizará en la figura de Carl von Clausewitz (1780-1831) y buscará situar sus reflexiones sobre la guerra en un contexto histórico en el que se empieza a pensar el escenario político moderno bajo estos conceptos.

Prusia y Clausewitz: el pueblo como factor estratégico

En “Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia”,⁷ Carl Schmitt califica a la Europa napoleónica como un laberinto de legitimidades, en donde diferentes justificaciones para hacer la guerra colisionaron para modificar de manera irremediable el paisaje político europeo. Época de transición y cambio político, la heterogeneidad de estratos temporales que coexistían en ese momento era notable. En la figura de Napoleón vuelto emperador del Imperio francés en 1804 se sintetizaban las complejidades y contradicciones de la época. Su avance militar por Europa combinaba la conciliación de intereses monárquicos con la introducción de cambios cocinados al calor de la Revolución Francesa. Secularizaciones, liberalizaciones económicas y reformas administrativas venían acompañados de la ocupación o la subordinación de los territorios conquistados por Francia. En sí mismo, el ejército napoleónico heredaba rasgos del proceso revolucionario que lo hacían un instrumento de conquista sin comparación en la Europa contemporánea: “ejército de masas basado en el reclutamiento, que ofrecía a todos posibilidades de ascenso y se apoyaba en una poderosa artillería”.⁸

6 No es casualidad que ambos discursos de poder encuentren su vinculación en la figura del Nicolás Maquiavelo.

7 Carl Schmitt. “Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia”, *Revista de estudios políticos*, N° 163, 1969, pp. 5-30.

8 Reinhart Koselleck, Louis Bergeron, François Furet. *La época de las revoluciones europeas*,

En esta alianza de la “filosofía con el sable” encarnada en el ejército napoleónico, la herencia de la Revolución Francesa era una carta con la que Napoleón justificaba la empresa europea del Imperio francés. Con la promesa de llevar paz y progreso ahorrándoles la necesidad de pasar por un proceso revolucionario, Napoleón terminó por darle una estocada más al régimen estamental.⁹ Prusia no fue la excepción, y tras las derrotas de Jena y Auerstädt en octubre de 1806, se llevaron a cabo importantes reformas de corte liberal. Esto, sin embargo, no supuso la introducción de una soberanía popular, aunque sí puso en marcha un movimiento que finalmente desembocaría en la revolución de marzo en 1848.¹⁰ Por el contrario, estas reformas inspiradas en algunos principios revolucionarios tuvieron la finalidad de mantener la estructura de poder monárquica. Esta modalidad de “modernización defensiva”,¹¹ con la que se buscaba combatir las consecuencias de la Revolución Francesa inspirándose en ella, introducía un léxico propio de una legitimidad revolucionaria pero con matices en donde la vocación restauradora y la apertura modernizadora se confundían fácilmente:

... Austria y Prusia coincidieron en extraer de su misma humillación la fuerza de un cierto despertar. Lo que no significa que haya que apreciar su alcance únicamente en función del uso, en aquellos países, de un vocabulario que los mismos hombres de gobierno tomaron prestado de la Revolución Francesa y las anticipaciones de los escritores. No siempre resulta fácil distinguir, en el movimiento

1780-1848. Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 137.

9 “... la importancia histórica de la dominación francesa proviene sobre todo del desmantelamiento de la sociedad del Antiguo Régimen que prosiguió activamente durante la época napoleónica. La abolición del régimen feudal se efectuó generalmente, esta vez, de acuerdo con las modalidades francesas de 1790, o sea contra retroventa de los derechos reales...” (Reinhard Koselleck, Louis Bergeron, François Furet. *La época...*, p. 137).

10 En *La Prussia tra reforma e rivoluzione (1791-1848)* (Bologna, Il Mulino, 1988) Koselleck analiza los cambios que se desatan en torno a la modificación del Código General Prusiano y que cronológicamente van delineando el tránsito entre una reforma defensiva a un movimiento social revolucionario.

11 El concepto de “modernización defensiva” es una teoría que hace énfasis en el proceso de adaptación que se experimenta para modular las presiones de modernización ante una derrota político-militar. Al respecto, Hans Joas afirma: “... la teoría de la modernización defensiva apunta preferentemente hacia caídas políticas y militares del poder. La vivencia traumática de una derrota militar, a veces también la perspectiva de élites dominantes en peligro de sufrir un revés semejante, valen como dispositivo activador de forzados procesos de modernización en la política económica, así como en la financiación tributaria y en la organización interna del aparato militar. Ya las fases tempranas de la modernización europeo-occidental pusieron de algún modo a los imperios ruso y otomano bajo una presión a la que debió ejercer fuerza contrarrestadora la modernización de la armada y de la burocracia. El más importante proceso de modernización defensiva para Alemania se desarrolló como secuela de la derrota aniquiladora de Prusia en 1806 frente a Napoleón. Las reformas de Stein y de Hardenberg y la transformación de las estructuras del viejo Reich sirvieron para superar el oprobio de la derrota y para evitar que se repitiera” (“La modernidad de la guerra. La teoría de la modernización y el problema de la violencia”, *Análisis Políticos*, N° 27, 1996, pp. 40-53).

reformador que anima en un momento dado la Prusia de Stein, de Humboldt o de Hardenberg, y el Austria de Stadion o de Metternich, lo que es esfuerzo de restauración o preservación del pesado, de lo que, como recuperación de la tradición del despotismo ilustrado, podía contribuir a modernizar realmente aquellos Estados.¹²

El 9 de octubre de 1806, Prusia ponía fin a la neutralidad contra Francia, mantenida desde el tratado de paz de Basilea de 1795. En coalición con Rusia, Sajonia, Sajonia-Weimar, Brunswick y Hannover, el gobierno prusiano intentaba mantener su hegemonía sobre la región alemana ante el inminente avance francés. Solo cinco días después, el 14 de octubre, la guerra concluía con una aplastante victoria francesa en Jena y Auerstädt que significó el derrumbe casi total de la estructura militar prusiana. En las *Notas sobre Prusia en su gran catástrofe de 1806*,¹³ escrito por Clausewitz entre 1823 y 1825 con los apuntes de campo de la campaña militar de aquel año, se destaca la anacronía de la organización militar prusiana respecto a la modernidad del ejército francés. Desventaja que no solo se traducía en el frente de batalla –en el *teatro de operaciones*, como gustaba llamarlo a Clausewitz–, sino en la estructura de gobierno y en su capacidad financiera y diplomática. Esto significó, según los reportes de Clausewitz, que de los 217.000 hombres que se tenía a disposición para la guerra, menos de la mitad estuvieran efectivamente disponibles para el combate. La debacle del ejército heredero de las glorias de Federico el grande no fue solo un golpe político y militar para Prusia, sino que trastocaba los principios y valores que sustentaban su identidad, fuertemente asociados a la clase burocrática-militar. Los comandantes de los fuertes de Kiistrin (1° de noviembre) y Magdeburg (8 de noviembre) “se rindieron sin oponer resistencia al invasor francés, el ejército se retiró caóticamente y el orden militar fue disuelto”.¹⁴

La situación después de la derrota, y tras la firma de los tratados de París y Tilsit en 1806 y 1807 –que, junto con el surgimiento de la Confederación del Rin bajo el auspicio de Napoleón, ponían fin al Sacro Imperio Romano–, dejó a la monarquía prusiana al borde del abismo. Con la pérdida de casi la mitad de su territorio y con fuertes gravámenes impuestos por Francia, Prusia se vio en la necesidad de reformarse

12 Reinhart Koselleck, Louis Bergeron, François Furet. *La época...*, p. 138.

13 Carl von Clausewitz. *Excerpts from notes on Prussia in her grand catastrophe of 1806*. Traducido al inglés por el Coronel del ejército estadounidense, Conrad H. Lanza, a partir de *Jena Campaign Sourcebook*. Fort Leavenworth, The General Service Schools Press, 1922.

14 Karen Hagemann. “Occupation, Mobilization, and Politics: the Anti-Napoleonic Wars in Prussian experience, memory, and historiography”, *Central European History* N° 39, 2006, pp. 580-610, aquí p. 587.

económica y administrativamente. De igual manera, la estructura militar se vio modificada ante las imposiciones francesas avaladas en el tratado de París, en las que, por ejemplo, se obligaba al ejército prusiano a no sobrepasar los 42.000 efectivos. Mientras que la población sufría los estragos de la ocupación, la monarquía prusiana durante el período que va de 1806 a 1813 intentaba sobrevivir subordinándose a Napoleón.

Una de las consecuencias no previstas de la estrategia política de Napoleón al establecer alianzas, vínculos matrimoniales y pactos con las dinastías monárquicas de los territorios ocupados, fue un desplazamiento en la identificación de la realeza como principio que sustentaba la pertenencia de los súbditos a un reino. Con las familias reales subordinadas a la voluntad del gobierno extranjero, surge un vacío político que, por lo menos en España, Austria y Prusia, fue momentáneamente ocupado por un novedoso sentimiento patriótico que veía en la subordinación de la monarquía una claudicación.

En España, con la derrota definitiva del ejército regular y ante el marcado anticlericalismo de las tropas y de las políticas introducidas por Napoleón, la población se organizó y se mostró como defensora de los valores que le daban sentido de pertenencia. Esta irrupción fugaz del pueblo en armas por una vía diferente a la Revolución Francesa muestra otra línea de acceso al desarrollo de la población como factor de poder. Por supuesto, la experiencia española estaba muy lejos de las aspiraciones políticas de establecer una soberanía popular; por el contrario, era motivada por una fuerte religiosidad que se oponía a las reformas seculares impuestas por el gobierno invasor. Sin embargo, en la práctica, la población se descubría como detentora y defensora de valores que la identificaban como parte de una colectividad. Este fugaz desplazamiento, diluido posteriormente en el Congreso de Viena tras la derrota de Napoleón, anunciaba la emergencia del pueblo como una entidad política con capacidad de organización propia y, como tal, detentor de una voluntad que entra al juego político.

Sin embargo, lo que más interesa aquí es la diferencia entre la experiencia partisana en España y su recepción y posterior puesta en marcha en Prusia. Es ahí donde emerge el problema histórico que se quiere mostrar. Mientras que en España la sublevación popular fue en gran medida espontánea,¹⁵ en Prusia tomó la forma de una política de Estado, avalada y apoyada desde la estructura militar y ampliamente fomentada por las clases educadas.¹⁶ Lo que nos muestran las

15 Si bien hubo diversos intentos de combinar la guerrilla española con la acción del ejército regular, estos fracasaron rotundamente.

16 Karen Hagemann. "Occupation, Mobilization...".

Guerras de Liberación de 1813-1815 en Prusia es el reconocimiento de la voluntad popular como un factor estratégico que se debe movilizar a bien de tener éxito en la guerra contra Francia. Esta maniobra, que incorpora un intenso trabajo sobre la opinión pública, apuntaría a una interpretación de la política que en décadas posteriores terminaría por confirmarse: la política consiste en la conducción estratégica de un pueblo-nación.

Ya en 1809, Clausewitz había mostrado este desplazamiento en los valores y medios que sustentaban la pertenencia a un orden político. Ante un Estado ocupado y una monarquía al servicio de Napoleón, Clausewitz, como era su costumbre, era contundente en el diagnóstico:

... mi idea es que hay que sacrificar totalmente el Estado, que ya no se puede defender, para salvar al ejército (...) Si el ejército prusiano no puede encadenarse al Estado sin sucumbir a él, si la perdición del Estado es inevitable, me parece entonces factible oponer el ejército al Estado y afirmar que es preferible confiar al primero los derechos del monarca antes que ligarlos a este último.¹⁷

Sin embargo, cuando los reveses franceses en Rusia pusieron en entredicho la superioridad del ejército napoleónico, el Estado prusiano encontró un margen de maniobra para retomar el liderazgo en la defensa de la patria. Dos momentos diferentes se pueden identificar en la resistencia prusiana contra Napoleón. El primero empieza con la derrota de 1806-1807 y se caracterizó por el surgimiento de círculos patrióticos restringidos, casi siempre conformados por miembros de las clases educadas, que tenían que operar a la sombra de la censura prusiana que prohibía la manifestación pública y la circulación de las ideas patrióticas. El segundo período empieza en 1813, tras el avance del ejército ruso en Königsberg y Berlín y la declaratoria de guerra contra Francia. En ese momento, la censura se levanta y el fomento del espíritu patriótico pasó a ser un objetivo de primer orden para el Estado prusiano.

En estos círculos patrióticos se empiezan a desarrollar y reformular conceptos como patria (*Vaterland*), nación (*Nation*) y pueblo (*Volk*) que, en estas circunstancias, se asociaban íntimamente con un sentimiento antifrancés.¹⁸ El invasor extranjero se erguía como un exterior constitutivo que abonaba a la identificación de un territorio y patrimonio histórico-cultural común considerado como propio. Otra

17 Carl von Clausewitz citado por Elía Mañú, Óscar. "Clausewitz o el honor de España", en *Grupo de Estudios Estratégicos*, 2012.

18 Karen Hagemann. "Occupation, Mobilization...", p. 596.

característica del uso de este repertorio lexical en los círculos patrióticos era el papel que le asignaba a la monarquía como un elemento central en la identidad nacional.

Tras el levantamiento de la censura, la difusión de las ideas patrióticas se extendió desde las clases educadas hacia las clases populares. Además de panfletos, artículos y periódicos –medios que requerían de una cultura escrita–, se incorporaron caricaturas políticas, canciones, prédicas y sermones públicos que habían demostrado ser tan eficaces en la movilización popular durante la Revolución Francesa. Para Karen Hagemann, después de 1813, la guerra en el campo de batalla se complementó con la “guerra de palabras” librada en la opinión pública prusiana y que tenía como objetivo despertar y fortalecer las energías morales y patrióticas.¹⁹ Es en este momento que la difusión de estas ideas fue alentada desde la estructura militar y política de Prusia. Hagemann pone como ejemplo de la colaboración estatal, la impresión masiva de textos de autores como Ernst Moritz Arndt, secretario de Von Stein, que en ocasiones alcanzaron tiradas de hasta 80.000 ejemplares.

La efectividad en el fomento del sentimiento patriótico se vio reflejada en la posterior incorporación de la milicia prusiana en la estrategia de guerra. En marzo de 1813 se publica el reglamento que buscó organizar la movilización de la milicia (*Verordnung uber die Organisation der Landwehr*). Ahí se dispone que todos los hombres entre diecisiete y cuarenta años en condiciones de combatir puedan ingresar voluntariamente al servicio militar. Según los datos que recopila Hagemann, esta conscripción voluntaria significó que entre marzo y agosto de 1813 el ejército prusiano pasara de 67.000 a 245.000 efectivos.²⁰ En un estimado, se calcula que el 3 % del total de la población prusiana sirvió en la milicia. Si bien por la premura y urgencia de la situación militar las milicias prusianas estaban lejos del nivel esperado para combatir, sin duda supuso un engrosamiento masivo del ejército. La operación y organización de esta conscripción voluntaria estuvo a cargo de los mandos militares y civiles de las cuatro regiones militares constituidas al inicio de la guerra, y el Estado dispuso de los recursos armamentísticos y financieros para ello.

19 Esto plantea una explicación alternativa a la liberal-ilustrada que da Jürgen Habermas respecto al surgimiento de la opinión pública. En la explicación habermasiana, el rasgo central es la posibilidad de surgimiento de espacios de comunicación relativamente autónomos del Estado, en los cuales se despliega una racionalidad comunicativa. Con la importancia otorgada a la opinión pública como una práctica que intenta influir en la voluntad del pueblo, obtenemos, sin embargo, un desarrollo histórico muy diferente (Ver, por ejemplo: Ernst Gryzanovski. “On the Origin and Growth of Public Opinion in Prussia”, *The North American Review*, Vol. 112, 1871, pp. 291-327).

20 Karen Hagemann. “Occupation, Mobilization...”.

El lugar de las guerras napoleónicas en la teoría de Clausewitz

Clausewitz ocupó una posición privilegiada para observar los grandes cambios provocados por la Revolución Francesa. Ubicado en el frente de batalla, fue testigo del nacimiento de una forma de guerra que redefiniría las relaciones entre los Estados nacionales y el propio sentido de la política moderna. Su máximo legado, una obra inconclusa titulada *Vom Kriege* (*De la guerra*), publicada póstumamente por su viuda en 1830, representa un brillante ejercicio de observación y síntesis de los cambios sucedidos en su época.

El agitado contexto biográfico de Carl von Clausewitz lo llevó a conocer los frutos de la Revolución desde una perspectiva muy particular. Hijo de un teniente retirado que había intentado sin éxito conseguir un título nobiliario, para ingresar al ejército prusiano tuvo que esperar a la muerte del rey Federico el Grande, quien al final de su reinado siguió una política de exclusión de los plebeyos del cuerpo de oficiales.²¹ Su paso por la Escuela Militar de Berlín, en la que ingresó en 1801, lo acercó a la figura de Gerhard von Scharnhorst, un reformador prusiano que se había embarcado en la empresa de modernizar el ejército ante los cambios introducidos en el ejército francés. Scharnhorst veía las ventajas del ejército de Napoleón estrechamente vinculados a los cambios políticos, económicos y sociales que había traído el proceso revolucionario.

Tras graduarse en la Escuela Militar en 1804, Clausewitz fue nombrado ayudante del príncipe Augusto, con quien combatió en contra del ejército francés en la batalla de Auerstädt. Tras la derrota, Clausewitz y el príncipe fueron llevados a Francia donde permanecieron durante diez meses mientras Napoleón negociaba la paz con la monarquía prusiana. Al volver a Prusia, se incorporó al círculo cercano de Scharnhorst, que había conformado una comisión para reestructurar el ejército adoptando un esquema de organización inspirado en el ejército francés. Durante este período sirvió en la Escuela Militar, donde llegó a enseñar táctica de guerrilla.²² Ante la iniciativa de Napoleón de usar parte del territorio prusiano para la invasión a Rusia a finales de 1811, Clausewitz renunció al ejército prusiano en 1812 y sirvió en el frente de batalla ruso contra la invasión de Napoleón. Tras una serie de batallas en Rusia, ingresa a

21 Peter Paret (coord.). *Creadores de la estrategia moderna. Desde Maquiavelo a la Era Nuclear*. Madrid, Ministerio de la Defensa, 1992, p. 201.

22 Su carácter reformista así como este tipo de acciones basadas en el convencimiento del uso de la táctica de guerrilla como un medio legítimo y efectivo en contra de la invasión francesa a Prusia generarían desconfianza entre los conservadores, a tal grado de referirse a Clausewitz como el "jacobino prusiano".

Prusia oriental, donde armó a 20.000 hombres sin el consentimiento del rey para combatir a los franceses.²³ Con la declaración de guerra de Prusia en marzo de 1813, se reintegró al ejército a petición del rey Guillermo III.

Clausewitz logró combinar acción con una gran capacidad para reflexionar sobre su propia práctica. La importancia que daba a la sublevación popular partía de un agudo diagnóstico sobre el impacto que las transformaciones introducidas por la Revolución Francesa tenían sobre la guerra. Para él, la implicación de la población en la dinámica bélica era parte de un cambio sustancial que radicalizaba la guerra acercándola a su propia naturaleza: la aniquilación del enemigo. El tránsito de las *guerras de gabinete* a las *guerras de los pueblos* implicó una profunda transformación en el vínculo político entre el Estado y sus habitantes, incorporando magnitudes y fuerzas morales que antes no desempeñaban un papel definitorio en el teatro de operaciones. Como veremos, este cambio histórico supuso un inédito acercamiento entre política y guerra, habilitando una transferencia de sentidos y conceptos entre ambas esferas. En esta medida es que la teoría de la guerra expuesta por Clausewitz a lo largo de los 128 capítulos de *Vom Kriege* representa un punto de ruptura con la tradición precedente.

En uno de sus primeros artículos, publicado en 1805, Clausewitz criticaba la concepción de Dietrich von Bülow sobre la guerra. Si bien Bülow aceptaba la importancia de los cambios introducidos por la Revolución Francesa, su teoría de la guerra intentaba hacer de la guerra una ciencia exacta, argumentando y exaltando las constantes geométricas implicadas en toda táctica.²⁴ Para Clausewitz, por el contrario, la teoría debía cumplir una función pedagógica.²⁵ Desde esta concepción, el papel de la teoría consiste en extraer de los ejemplos del pasado un conocimiento que no puede ser replicado como quien aplica una fórmula a las situaciones a las que se enfrenta un mariscal; en este sentido

23 Peter Paret (coord.). *Creadores de la estrategia...*, p. 201.

24 Si bien Clausewitz resaltaba el componente geométrico a nivel de la táctica, es decir, en el desarrollo de los combates particulares, en tanto juego posicional frente a un enemigo al que se combate dentro de una franja de territorio determinado, minimizaba su papel a nivel de la estrategia. Eso se debía a que el ensanchamiento del tiempo y el espacio en este segundo nivel tendían a volver poco relevante dicho juego posicional. En el capítulo correspondiente afirmaba: "Precisamente la idea opuesta [la centralidad de la geometría en la estrategia] ha sido el tema favorito de la teoría más reciente, porque se creía dar así mayor importancia a la estrategia. Pero en la estrategia volvía a verse la función superior del espíritu, y así se creía ennoblecer la guerra y, como se decía debido a una nueva sustitución de los conceptos, hacer más científica. Consideramos uno de los principales beneficios de una teoría completa arrebatar su prestigio a tales excentricidades, y como el elemento geométrico es la idea principal de la que suelen partir, hemos resaltado expresamente ese punto" (Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 182).

25 Peter Paret (coord.). *Creadores de la estrategia...*, p. 206.

para Clausewitz la teoría debe ofrecer los puntos críticos, así como las herramientas que capacitan al conductor de la guerra para formarse de un criterio propio con el cual maniobrar entre el azar y contingencia que supone cada combate singular. Para él, teoría y práctica son dos cosas muy diferentes que, sin embargo, deben quedar vinculadas en la personalidad del gran dirigente.

Esta función pedagógica que Clausewitz le adjudica a la teoría encuentra en la *crítica* y el *juicio* el mecanismo que permite extraer de los ejemplos históricos el conocimiento relevante para el entendimiento de la guerra. Clausewitz mantiene así una determinada concepción de la Historia en la cual la narración objetiva de los acontecimientos no basta,²⁶ A esta narración de los hechos —que representa la investigación histórica propiamente dicha— hay que oponerle una narración crítica que opera en dos sentidos fundamentales: la derivación del efecto de las causas y el análisis de los medios empleados. Como afirma Peter Paret, el énfasis que pone Clausewitz en el enfoque crítico se debe a que para él, el objetivo de la teoría de la guerra no es tanto el conocimiento específico sobre una guerra particular, sino el entendimiento de la guerra como una constante histórica: “Para distinguir lo específico de lo general, para identificar los elementos permanentes en la guerra y entender cómo se ajustan a los cambios tecnológicos, políticos y sociales [Clausewitz] necesitaba hacer comparaciones a través del tiempo”.²⁷ La teoría es, por lo tanto, una forma particular de interrogar los acontecimientos históricos, haciéndolos comparables y extrayendo de ellos el entendimiento sobre la naturaleza general de la guerra. Sin embargo, esta comparación entre distintos hechos históricos tenía, para Clausewitz, un límite fijado por la radicalidad de los cambios acontecidos.

El capítulo sexto del libro segundo, consagrado al correcto tratamiento de los ejemplos (*Über Beispiele*), da cuenta de las transformaciones observadas en el desarrollo de la guerra, que hacían inútil cualquier intento de extraer de los ejemplos de la antigüedad alguna enseñanza útil para el enfrentamiento. Debido a los cambios en los armamentos disponibles

26 Cabe preguntarse cómo se inserta tanto este concepto de Historia y el uso crítico de los ejemplos históricos que pregona Clausewitz dentro del proceso de cambio conceptual registrado por Koselleck en relación al derrumbe de la interpretación de la Historia como *magistra vitae*. Este cambio conceptual abre al concepto de Historia a la incertidumbre de un futuro abierto, en la cual la ejemplaridad del pasado deja de ser útil para orientar la acción en un presente signado por cambios radicales. Si bien esto merece un análisis más pormenorizado, podemos afirmar que el situarse dentro de la historia militar, en donde se trabaja a partir de la revisión de combates pretéritos, hace del concepto de Historia que mantiene Clausewitz un registro particular de dicho cambio. Ver: Reinhart Koselleck. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993, pp. 41-66.

27 Peter Paret. “From Ideal to Ambiguity: Johannes von Müller, Clausewitz, and the People in Arms”, *Journal of the History of Ideas*, Vol. 65, Nº 1, Jan, 2004, pp. 101-111, aquí, p. 108.

para el combate, las dinámicas desplegadas en el campo de batalla, así como en la organización política y financiera de la guerra, Clausewitz no duda en fijar en la guerra de sucesión austríaca (1740-1748) la frontera tras la cual la potencia de los ejemplos históricos empieza a debilitarse, dando cuenta de un tiempo corto que se abre en relación a la forma que adopta la guerra en su contemporaneidad: “cuando más se retrocede, tanto más inútil se vuelve la Historia bélica, al tiempo que se hace más pobre y escasa. La más inútil y escasa tiene que ser la Historia de los pueblos antiguos”.²⁸

Sin embargo, el punto que definitivamente aleja a Clausewitz de sus contemporáneos fue el particular concepto de guerra que adoptó, y que difería radicalmente de lo que era habitual para la época. El paradigma que en ese momento dominaba era el de la *guerra de posiciones*; según esta perspectiva, el objetivo de la guerra consistía en hacerse del dominio de determinadas posiciones estratégicas (puentes, accesos, fuertes, etc.) mediante sitios que muchas veces solo quedaban en amenazas. Bajo este esquema, el combate entre dos ejércitos era algo que rara vez ocurría, aun cuando se encontraran frente a frente. Para Clausewitz, por el contrario, el objetivo de la guerra consistía en la *aniquilación del enemigo*. La unidad básica de la guerra es el combate: “la guerra –afirmaba– no es más que un combate singular ampliado”.²⁹ Esta definición explica por qué Clausewitz veía imposible hacer de la guerra una ciencia exacta, pues la multiplicidad de enfrentamientos singulares que dan forma a una guerra la dejan abierta a la incertidumbre del desarrollo de cada duelo particular y a las interacciones entre los ejércitos enfrentados. Así, el combate supone la existencia de por lo menos dos participantes que responden a la estrategia y las tácticas del otro. En este sentido, la guerra se asemeja más a un *juego* que a la geometría, pues a la acción emprendida siempre le corresponde una reacción del adversario que nunca se puede calcular en su justa dimensión y viceversa.

El hecho de que Clausewitz hiciera del combate el punto medular de la dinámica bélica lo llevó a proponer una distinción entre táctica y estrategia diferente a la de sus contemporáneos en Alemania. En su ya mencionada crítica, Clausewitz hacía notar que el criterio que mantenía Bülow para distinguir entre táctica y estrategia quedaba a expensas de las características de cada época. Bülow afirmaba que esta distinción estaba mediada por el criterio de visibilidad/invisibilidad. Mientras que la táctica era lo que el enemigo podía observar en el campo de batalla, la estrategia sería aquello que permanecería oculto. Clausewitz desdeñó este criterio

²⁸ Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 135.

²⁹ Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 135.

en la medida en que los avances tecnológicos moverían constantemente la frontera entre lo visible y lo invisible; por el contrario, lo que buscaba con su teoría y su examen de los ejemplos históricos eran aquellas definiciones que permanecían constantes dentro de la variabilidad histórica. En contraste, él veía la distinción entre táctica y estrategia como una relación entre la multiplicidad de combates singulares y su combinatoria en relación a los fines que persigue la guerra. Esta relación entre dos escalas diferentes del enfrentamiento producía combinaciones mucho más complejas y productivas. De ahí que una aparente derrota a nivel de la táctica, es decir, en el desarrollo de los enfrentamientos individuales, pueda finalmente propiciar una victoria a nivel estratégico. En este sentido, la distinción entre táctica y estratégica que adopta Clausewitz abre las posibilidades de una compleja relación entre lo uno (el plan de guerra, el teatro de la guerra general) y lo múltiple (los combates singulares, el enfrentamiento en el terreno). Una de las grandes innovaciones que Clausewitz veía en el ejército napoleónico era su capacidad de movilidad, que contrastaba con la hasta entonces vigente guerra de posiciones y su dinámica más bien estática. La definición de táctica y estrategia de Clausewitz puede verse como un intento por abrir los conceptos de la teoría de la guerra a esta condición de movilidad.³⁰ La vinculación entre unidad y multiplicidad será una preocupación constante en su teoría de la guerra.

De la reivindicación del combate como fundamento de la dinámica bélica, Clausewitz extrae el concepto de guerra que propone. Así, afirma: “La guerra es pues un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad”.³¹ Será precisamente esta definición la que habilite una transferencia y circulación de sentidos entre política y guerra. La máxima de Clausewitz “la guerra es la continuación de la política por otros medios” adquiere aquí una primera dimensión fundamental: la guerra es un instrumento de la política para imponer una voluntad a través del uso estratégico de la violencia dentro de un combate con un adversario. En esta primera dimensión, la política aparece subordinando la dinámica de la guerra, imponiéndole desde fuera los objetivos que debe realizar. Sin embargo, la relación entre política y guerra que plantea la teoría de la guerra de Clausewitz es mucho más compleja. Como hemos visto, para él, la guerra tiene una naturaleza y un objetivo propio (la aniquilación del enemigo), lo cual entra en tensión con los límites que le fija la política. Más aún, serán los cambios políticos introducidos

30 De tal manera que el criterio que subyace entre táctica y estrategia es la relación entre lugar y terreno: la capacidad de enmarcar lo que sucede en una franja específica del terreno en un teatro de operaciones que lo subsume y que le da su especificidad dentro del teatro de operaciones

31 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 17.

por la Revolución Francesa y la empresa napoleónica los que terminarán acercando aún más ambas esferas.

En efecto, la lógica que se desprende de la interacción entre los adversarios en combate provoca que la guerra adquiera una *tendencia* que necesariamente la conduce a su extremo: la aniquilación total del enemigo. Clausewitz demuestra lógicamente esta situación a través de un argumento dividido en tres partes.

1. Así pues, repetimos nuestra frase: la guerra es un acto de violencia, y no hay límites en la aplicación de la misma; cada uno marca la ley al otro, surge una relación mutua que, por su concepto, tiene que conducir al extremo. Esta es la primera interacción y el primer extremo con el que nos topamos.
2. Mientras no he derrotado al adversario, tengo que temer que me derrote, no soy por tanto dueño de mí mismo, sino que él me marca la ley igual que yo se la marco a él. Esta es la segunda interacción, que conduce al segundo extremo.
3. Si queremos derrotar al adversario, tenemos que medir nuestro esfuerzo por su capacidad de resistencia; esta se expresa por un producto cuyos factores son insuperables, y que es: el tamaño de los recursos existentes y la fuerza de voluntad (...). Pero lo mismo hará el adversario; así pues, nueva escalada mutua, que en su mera concepción tiene que tener una vez más la aspiración al extremo.³²

Para Clausewitz, esta tendencia que lleva a la guerra a su extremo absoluto es de índole teórica; es decir, se desprende de la lógica del argumento y de la propia naturaleza de la guerra. Teóricamente, el conductor de la guerra siempre debe esperar que esta llegue a su extremo, y así debe operar en el campo de batalla. Sin embargo, en la práctica, esta tendencia se enfrenta a situaciones particulares en donde la política juega un rol central, muchas veces limitando la guerra a los objetivos planteados por y desde la política, en donde no necesariamente se tiene que aniquilar al enemigo para obtener una ventaja en la mesa de negociaciones de paz. Sin embargo, la serie de cambios históricos introducidos por la Revolución Francesa –transformaciones también de índole política– terminan por acercar la expresión real y limitada de la guerra a su concepto teórico, es decir, a su absoluto. Para Clausewitz, la Revolución Francesa y Napoleón liberan a la guerra de los cobijos que la mantenían domesticada, y será precisamente la incorporación del pueblo al *teatro de la guerra* la que permitirá apreciar la verdadera naturaleza de la guerra: “desde Bonaparte, al volverse, primero por una parte y luego por otra, una cuestión de todo el pueblo, la guerra ha asumido una naturaleza completamente distinta, o más bien se ha alimentado mucho de su verdadera naturaleza, de su absoluta perfección”.³³

32 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 652.

33 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 652.

Para entender cabalmente estas consideraciones, se debe atender a la nota con la que Clausewitz empieza *De la guerra*, su obra. Ahí, el general prusiano se lamenta del carácter inconcluso de su trabajo y lanza la advertencia de que se encuentra en deuda respecto a dos temas que considera fundamentales y que deben considerarse como los ejes interpretativos a través de los cuales habría que reestructurar los capítulos que su muerte dejó incompletos. Ambas cuestiones se relacionan con la interpretación histórica que Clausewitz hace de las guerras napoleónicas y las transformaciones en la forma que adquiere la política y la guerra en su contemporaneidad. Estos dos puntos son: a) la relación entre política y guerra, condensada en su conocida máxima: “la guerra no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios”; y b) la existencia de dos diferentes tipos de guerra: una cuya finalidad sería la derrota del adversario para forzarlo a una paz cualquiera, y otra en la que el objetivo sería conquistar territorios fronterizos, ya sea para retenerlas o para usarlas como medio de intercambio en la paz.

Como el mismo Clausewitz afirma en la nota introductoria, el libro octavo concerniente al “Plan de guerra” resulta fundamental para entender estos dos ejes interpretativos. Ahí, plantea la distinción entre *guerra real* y *guerra absoluta* para luego trazar el desarrollo histórico de la actividad bélica que acerca ambos conceptos. La guerra absoluta es una consecuencia del argumento teórico, representa la naturaleza de la guerra “en el papel” y no debe confundirse con la experiencia de la práctica militar concreta. El gran mariscal debe estar siempre preparado para la guerra absoluta. La serie de cambios históricos que Clausewitz rastrea hacen de la expresión moderna de la guerra un ente muy cercano a su absoluto. Esto se deriva, como veremos, del derrumbe de las viejas barreras y convenciones que mantenían la guerra acotada al equilibrio europeo prerrevolucionario.

Uno de los criterios con los cuales Clausewitz organiza su repaso histórico son los cambios que se han producido en la magnitud de los fines y esfuerzos disponibles para la actividad bélica. En este sentido, advierte sobre un salto cualitativo que provoca que el fin político de la guerra se vuelva equivalente respecto al objetivo de la guerra como tal. Es decir que la finalidad política que en otras épocas había guardado una independencia relativa respecto al objetivo último de todo enfrentamiento bélico empieza a coincidir con este: la aniquilación del enemigo empieza a volverse el propio fin político. Esto supone la intensificación de una de las dimensiones más básicas del combate: la *enemistad*. A partir de esta premisa, Clausewitz da cuenta de una situación inédita en la historia militar; con la implicación de la población en el teatro bélico a partir de los cambios introducidos por la Revolución Francesa se transita de una

guerra “de gabinete”, en donde los fines y recursos movilizados para la guerra son restringidos y visibles para los adversarios, a una *guerra de los pueblos*, en donde la enemistad que motiva el enfrentamiento se desplaza a un nivel existencial, y con ello un nuevo tipo de recursos prácticamente ilimitables entran en escena:

Cuál es la diferencia entre ambas situaciones lo muestra una atenta observación de la Historia. En el siglo XVIII, en tiempos de las Guerras Silesias, la guerra era aún una mera cuestión de gabinete, en la que el pueblo sólo participaba como ciego instrumento; a principios del XIX estaban en la balanza los pueblos de ambas partes.³⁴

Volviendo a la Guerra de Liberación prusiana, vemos como uno de los factores que entran en juego en la movilización popular es la enemistad franco-prusiana. Esto, como se ha querido mostrar, no es algo que estaba previamente dado –si bien se pueden rastrear fuentes y justificaciones que tiendan a naturalizar esta enemistad–, sino algo que se va construyendo desde distintos frentes y que incluso es el propio Estado prusiano el que ve oportuno fomentar esta enemistad a bien de movilizar a la población y convertirlo en un factor disponible para la guerra. Una de las fuentes filosóficas de esta enemistad es, por supuesto, Fichte y su “Discurso a la nación alemana”. En un sucinto análisis de este discurso, Étienne Balibar³⁵ reflexiona sobre la noción de *frontera interior* a la que acude Fichte. Ahí, esta frontera surge como una demarcación existencial que separa y resguarda al alemán de la ocupación francesa. La identidad se convierte en una ciudadela, en un refugio que sirve de resistencia ante la intervención del extranjero. Esta resistencia moral, último recoveco de la dignidad prusiana-alemana ante la derrota en manos del enemigo, prepara el terreno político de una posterior ofensiva; es un llamamiento a la resistencia contra el invasor:

No es sólo que esta resistencia no sea compatible con la llamada a las armas, sino que puede considerarse la preparación, el “rearme moral” que precede y condiciona al rearme militar; del mismo modo que el plan de educación nacional que está en el corazón del programa de regeneración de Alemania precede y condiciona a la lucha armada, por la guerra no hace otra cosa que continuar la política por otros medios: o más bien sólo la continuará si la política se cimienta sobre una mística cívica, si los soldados –como en Valmy– son los ciudadanos de una comunidad ética.³⁶

34 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 642.

35 Étienne Balibar. “Fichte y la frontera interior. A propósito de los *Discursos a la nación alemana*”, *La Torre del Virrey: Revista de Estudios Culturales*, Nº 10, 2011, pp. 11-23

36 Étienne Balibar. “Fichte y la frontera interior...”, p. 14.

Ahora bien, ¿cuáles son estos recursos que se vuelven prácticamente ilimitados respecto a la tendencia histórica que se venía observando hasta la Revolución Francesa? Podemos distinguir dos aspectos: uno material, es decir, los recursos financieros y armamentísticos que los Estados son capaces de movilizar para sostener un enfrentamiento bélico; y otro aspecto del orden de lo simbólico, que tiene que ver con las *magnitudes y fuerzas morales* que entran en juego cuando lo que se pone en el enfrentamiento bélico es una identidad nacional. Tenemos, por lo tanto, la convergencia de dos procesos históricos que se van dando simultáneamente. Por un lado, la formación y consolidación del Estado moderno: la nacionalización de las arcas del reino, en donde los recursos financieros dejan de ser la caja privada del príncipe para convertirse, a través del impuesto y la hacienda, en recursos que se desprenden del vínculo político entre la población y su Estado, permitiendo con ello sostener un ejército permanente. Por el otro, el surgimiento de las identidades nacionales como adscripción de pertenencia a un Estado y a una comunidad política de carácter nacional.

Hasta antes de estos procesos, la guerra se realizaba con recursos muy limitados y ejércitos poco profesionales, en algunos casos contratados expresamente para una empresa bélica particular. Esto tenía como consecuencia que los recursos disponibles puestos en el campo de batalla fueran fáciles de calcular para los posibles adversarios. Para Clausewitz, esta situación previa hacía de la guerra algo más parecido a una “diplomacia reforzada (...) una forma más recia de negociar, en la que las batallas y los asedios eran las notas principales que se intercambiaban. Ponerse en una moderada ventaja para hacer uso de ella al concluir la paz era el objetivo hasta del más ambicioso”.³⁷ Es por ello que el enfrentamiento, como tal, muchas veces era innecesario, solo bastaba calcular las fuerzas disponibles en el enfrentamiento para declarar un ganador. Esto mantenía domesticada la verdadera naturaleza de la guerra:

Puesto que se conocían los límites de las fuerzas enemigas, uno se sabía bastante a salvo de una total derrota, y en tanto se sentían los límites de las propias uno se veía limitado a un objetivo modesto. Protegido del extremo, ya no se necesita arriesgar al extremo.³⁸

Mientras que esta era la situación para el conjunto de las monarquías europeas, esta forma de guerra mantenía un equilibrio donde las reglas del juego de la guerra eran más o menos claras:

37 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 649.

38 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 649.

De este modo, en la misma medida en que el Gobierno se separaba del pueblo y se veía a sí mismo como el Estado, la guerra se convirtió en cosa de los gobiernos, que la llevaban a cabo mediante los táleros que había en sus arcas y los vagabundos ociosos de sus provincias y las provincias vecinas. La consecuencia era que los recursos que podían movilizar tenían una medida bastante determinada, que el uno podía conocer los de otro, y sin duda tanto en su alcance como en la medida de su duración; esto arrebatava a la guerra el más peligroso de sus aspectos: la tendencia al extremo y a la oscura serie de posibilidades vinculada a él.³⁹

El problema emerge cuando un nuevo participante logra cambiar la situación de su ensamblaje político a través de un proceso político interno, de carácter revolucionario, y es capaz de romper el equilibrio europeo y las barreras que mantenían a la guerra alejada de su concepto absoluto:

Así estaban las cosas cuando estalló la Revolución Francesa (...) Repentinamente, la guerra había vuelto a ser cosa del pueblo, y de un pueblo de 30 millones, que se consideraban todos ciudadanos. (...) Con esa participación del pueblo en la guerra, en vez del gabinete y su ejército fue todo el pueblo el que puso su peso natural en la balanza. Ahora los medios que se aplicaban, los esfuerzos que podían ser ofrecidos, ya no tenían un límite preciso; la energía con la que se podía librar la guerra misma ya no tenía contrapeso alguno, y en consecuencia el riesgo para el adversario era extremo.⁴⁰

Vemos que la relación entre política y guerra es mucho más compleja de lo que comúnmente se piensa cuando se cita la máxima de Clausewitz: “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Si bien, en un momento dado, la política aparece limitando la asunción a los extremos subordinando el objetivo teórico de la guerra al fin político establecido, otras veces aparece aproximando la guerra a su absoluto, elevando la enemistad a la mutua negación de los pueblos. En este sentido, la relación de la política con la guerra aparece más como mutua implicación, en donde organización política y dinámica bélica no guardan entre sí una relación de exterioridad. Es en este sentido que las guerras de un determinado período histórico deben verse a la luz de las configuraciones políticas que las sustentan, poniendo atención a los sobresaltos, a las continuidades y desplazamientos que hacen de la guerra una actividad histórica y políticamente situada:

Podría ser difícil decidir si siempre seguirá siendo así, si todas las futuras guerras de Europa se librarán siempre con todo el peso de los Estados y en

39 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 649.

40 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 651.

consecuencia sólo en torno a grandes intereses cercanos a los pueblos, o si poco a poco volverá a producirse una disgregación entre Gobierno y pueblo, y en absoluto vamos a atrevernos a tal decisión. Pero se nos dará la razón si decimos que las barreras que en cierto modo sólo se apoyaban en la inconsciencia de lo que era posible no son fáciles de volver a levantar una vez arrancadas, y que, al menos en cada ocasión en que se discuta un gran interés, la mutua enemistad se resolverá del modo en lo que ha sido en nuestros días.⁴¹

El papel que juega la interpretación de las guerras napoleónicas en la teoría de la guerra de Clausewitz se deriva de la profunda perturbación del equilibrio europeo prerrevolucionario del que fue testigo. A partir de ahí, la guerra adquiriría una magnitud muy diferente de la que hasta entonces se venía dando. Las conquistas realizadas por el ejército de Napoleón no se conformaban con la anexión de los territorios ocupados para expandir sus fronteras, sino que suponían la negación de la vida política de estos y expandían, con ello, los alcances de la Revolución. El avance territorial de Napoleón era así acompañado con la propagación de los rasgos que se habían generado durante la Revolución Francesa. Para un observador agudo como Clausewitz, esto significaría que guerra y política empiezan a relacionarse de manera mucho más íntima.

El levantamiento popular y la nueva relación entre guerra y sociedad

Como hemos visto, para Clausewitz, la centralidad que adquiere la sublevación popular en la dinámica de la guerra es consecuencia del derrumbe de las barreras que hasta la Revolución Francesa habían contenido acotado al fenómeno de la guerra.

La guerra popular –escribe Clausewitz– ha de ser vista en general como una consecuencia de la ruptura que el elemento bélico ha hecho en nuestra época de su vieja delimitación artificial; como una ampliación y un reforzamiento de todo el proceso de fermentación que llamamos guerra.⁴²

Si en el lapso que va de las guerras de religión a la Revolución Francesa, la guerra civil se instaló como una preocupación constante para el pensamiento político; Clausewitz, en cambio, ve surgir en la sublevación popular española contra Napoleón la posibilidad de defender un Estado amenazado haciendo un uso estratégico de la capacidad de organización y combate de la población. La época de las guerras civiles europeas vio

41 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 653.

42 Carl von Clausewitz. *De la guerra*, p. 510.

consolidarse al Estado como un dispositivo de administración de la violencia y el conflicto al interior de la sociedad; para Clausewitz, la sublevación popular contra el invasor napoleónico reclama una racionalidad estatal que conduzca dicha violencia. La conscripción en masa es solo uno de los mecanismos por el cual se intentará regular la mutua y novedosa implicación entre guerra y sociedad. La transformación del vínculo político entre los súbditos y el gobierno ha provocado la expansión del elemento bélico al interior de la sociedad.

La emergencia de la sublevación popular muestra la capacidad de la población de combatir, convirtiéndola en un factor de poder y haciendo de su voluntad un objeto de disputa y conquista política. La capacidad de hacerse de esta voluntad que se ha vuelto el fundamento de la soberanía estatal se convertiría de aquí a la postre en un criterio de acción y operación política. La *razón del Estado* como principio de inteligibilidad de la política⁴³ se traduce aquí en una noción en donde la política es interpretada como conducción estratégica de un pueblo, como racionalidad que disputa la lealtad voluntariosa de una comunidad política.

No es casualidad que Clausewitz trate este tema dentro de sus indicaciones concernientes a la “Defensa” (libro VI). El prusiano ve en la sublevación popular una potencialidad táctica efectiva cuando el objetivo es defender un territorio de una invasión. Allí habla de su utilidad cuando es complementada y guiada por el liderazgo estratégico del ejército regular. Con la tarea de corroer los límites que rodean el núcleo central de las fuerzas del enemigo, Clausewitz asigna a la sublevación popular una labor periférica. En este sentido, para él es claro que si se quiere aprovechar de la mejor manera la sublevación popular, esta nunca debe sustituir al ejército regular, sino complementarlo con una labor de cerco ubicada en la periferia del enfrentamiento. La posterior trayectoria histórica que seguirá la sublevación popular en ese mismo siglo con las guerras de independencia en el continente americano confirmaría su gran potencial transformador.

Durante el siglo XX, la teoría de la guerra de Clausewitz será fuente de inspiración de diversos movimientos revolucionarios que se propusieron entonces la propia transformación del orden social. El desarrollo posterior de la sublevación popular está marcado por el surgimiento,

43 A propósito de la consolidación de la razón de Estado como principio de inteligibilidad de la política, Michel Foucault llama la atención no solo sobre el contenido histórico que condicionó esta emergencia, sino sobre el esquema mental que se impone ahí. Dicho esquema está íntimamente vinculado con la racionalidad política que pone en juego Clausewitz y que la define como la propia naturaleza de la guerra. Para Foucault, este esquema “nos pone por primera vez en presencia de un pensamiento político con pretensiones de ser al mismo tiempo una estrategia y una dinámica de fuerzas” (Michel Foucault, *Seguridad, población...*, p. 340).

al interior de los espacios nacionales, de distintos proyectos de transformación que tendrán como objetivo ya no tanto la ocupación de un territorio o Estado, sino la propia configuración del orden social. Este desplazamiento vuelve a acercar la frontera entre guerra y política. Un amplio repertorio semántico cultivado durante largos años en el campo de reflexión sobre la guerra se traslada y se convierte en un referente válido y efectivo para pensar la lucha política. Si Clausewitz había pensado en el combate como la unidad básica de toda actividad bélica, las futuras transformaciones harían del conflicto y la lucha política un elemento indispensable en la lógica de fuerzas que se desarrolla al interior de los Estados nacionales.

Conclusiones: política como conducción estratégica de un pueblo

Una de las grandes obsesiones de la filosofía política es intentar darle a la política moderna una definición que aclare su sentido. Numerosos libros, capítulos y ensayos se han consagrado a contestar ¿qué es la política? Sin embargo, es la propia imposibilidad de llegar a una respuesta lo que hace tan fértil intelectualmente a dicha pregunta. Si bien los sentidos cambian, así como también lo hacen las prácticas que marcan una época, este cambio no es lineal ni mucho menos ordenado. En el transcurso de las épocas, los sentidos anteriores se mezclan con los nuevos, a prácticas distintas se le adjudican viejas palabras, y viejas prácticas se nombran con otras palabras. A la hora de abordar estos caminos sinuosos, la historia conceptual se presenta como una clave de lectura⁴⁴ de estos textos y puede colaborar al esfuerzo de reconstruir los procesos que inspiraron las mil y una definiciones que se han dado de la política.⁴⁵

Una de esas definiciones sobre la política la encontramos en un lugar tal vez insospechado: entre las páginas de un tratado militar escrito por un hombre de acción. Apurado por la situación de Prusia respecto a Napoleón, Clausewitz detectó un desplazamiento del cual

44 Clave de lectura porque permite aproximarse a los textos filosóficos de una manera diferente, desacralizando los férreos argumentos cuya lógica puede ser implacable y exponiéndolos a esa experiencia que si bien es una afuera del texto, también es un adentro que impregna los conceptos y sus relaciones. Sin embargo, la Historia conceptual también puede pensarse como clave de escritura, como método del trabajo teórico. En este sentido esta reconstrucción entre argumento filosófico y experiencia también produce, hace emerger nuevos sentidos. En este sentido la Historia conceptual también es un ejercicio de teorización, por tanto, de escritura.

45 En este sentido toda teoría es una observación sobre algo, indagar sobre el vínculo entre la producción teórica y las experiencias que las inspiraron resulta por lo menos, un objetivo interesante.

sería muy difícil volver. Con la transformación del vínculo político en la Revolución Francesa, en la conducción del Estado se vuelve indispensable conquistar la voluntad de su pueblo. Esta situación, que abarca distintas facetas, también afectó la propia dinámica de la guerra. Clausewitz veía fundamental incorporar en la estrategia un componente emotivo para acrecentar la fuerza moral de una nación que se ve obligada a combatir contra un invasor. Así fue la interpretación y puesta en práctica en Prusia de la guerrilla que los españoles descubrieron como una práctica efectiva.

Bibliografía

Balibar, Étienne. “Fichte y la frontera interior. A propósito de los *Discursos a la nación alemana*”, *La Torre del Virrey: Revista de Estudios Culturales*, N° 10, 2011, pp. 11-23.

Clark, Christopher. “The Wars of Liberation in Prussian Memory: Reflections on the Memorialization of War in Early Nineteenth-Century Germany”, *The Journal of Modern History*, Vol. 68, N° 3, 1996, pp. 550-576.

Clausewitz, Carl von. “Excerpts from notes on prussia in her grand catastrophe of 1806”. Traducido al inglés por el Coronel del ejército estadounidense, Conrad H. Lanza, a partir de *Jena Campaign Sourcebook*. Fort Leavenworth, The General Service Schools Press, 1922.

—*De la guerra*. Versión íntegra, traducción Carlos Fortea, estudio preliminar de Cabriel Cardona. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

Elía Mañú, Óscar. “Clausewitz o el honor de España”, en *Grupo de Estudios Estratégicos*, 2012. Disponible en: http://www.gees.org/articulos/clausewitz_o_el_honor_de_espana_9459, acceso el 8 de septiembre de 2015.

Foucault, Michel. *Seguridad, población, territorio*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Gryzanovski, Ernst. “On the Origin and Growth of Public Opinion in Prussia”, *The North American Review*, Vol. 112, N° 231, 1871, pp. 291-327.

Hagemann, Karen. “Occupation, Mobilization, and Politics: the Anti-Napoleonic Wars in Prussian experience, memory, and historiography”, *Central European History*, N° 39, 2006, pp. 580-610.

Joas, Hans. “La modernidad de la guerra. La teoría de la modernización y el problema de la violencia”, *Análisis Políticos*, N° 27, 1996, pp. 40-53.

Koselleck, Reinhart. *La Prussia tra reforma e rivoluzione (1791-1848)*. Bologna, Il Mulino, 1988.

—*Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993.

Koselleck, Reinhart; Bergeron, Louis y Furet, François. *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*. Madrid, Siglo XXI, 1994.

Paret, Peter (coord.). *Creadores de la estrategia moderna. Desde Maquiavelo a la Era Nuclear*. Madrid, Ministerio de la Defensa, 1992.

— “From Ideal to Ambiguity: Johannes von Müller, Clausewitz, and the People in Arms”, *Journal of the History of Ideas*, Vol. 65, Nº 1, 2004, pp. 101-111.

Schmitt, Carl. “Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia”, *Revista de Estudios Políticos*, Nº 163, 1969, pp. 5-30.

— *El concepto de lo político. Teoría del partisano, notas complementarias al concepto de lo político*. México, Folios, 1985.

Solano Rodríguez, Remedios. “Un proyecto político para Alemania: Heinrich von Kleist y la Guerra de la Independencia española”, en *Especulo. Revista de Estudios Literarios*, Nº 17, 2001. Disponible en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero17/kleist.html> acceso 8 de septiembre de 2015.